



Hacer la memoria

“Conmemorar” es hacer memoria juntos. “Hacer memoria” es traer al presente algo del pasado, algo que queremos que no quede en el ayer sino que sea vivo en el hoy. Hacer memoria no es “tener memoria”; esto podría ser algo meramente biológico: podemos tener o no tener memoria de cosas, de caras, de hechos; pero “hacer” la memoria es actuar sobre ella, para traerla viva al hoy. Hacer memoria no dice sólo algo sobre “ayer”, sino sobre “hoy” en vistas a “mañana”.

El pueblo judío sabe que debe hacer de la memoria una parte fundamental de su propio ser: “¡recuerda!” es un mandato divino: “recordar el sábado” no es solamente hacer presente el descanso “como el de Dios” en los siete días de la creación (Ex 20,8), es también “actuarlo”. Es recordar la propia historia, y su propia fidelidad o infidelidad en ella, y el obrar de Dios (Deut 5,15; 24,9.18.22; 25,17). El sanguinario rey Jehú ejecuta a la idólatra reina Jezabel pues “recuerda” la sangre derramada de Nabot (2 Re 9,25). El piadoso Tobit pide a su hijo Tobías que “recuerde” la historia del pueblo al que pertenece (Tob 4,12.19). Cuando el pueblo se siente “abandonado” por Dios, clama para que Él “recuerde” su alianza (1 Mac 4,10). También “recordar” es lo que le piden los pseudo-ortodoxos amigos a Job para que confiese algo que no ha hecho (Job 4,7). Por eso, el justo que sufre pide a Yahvé que “recuerde” (Job 7,7; 10,9; Sal 89,48; 119,49). En la literatura sapiencial tardía, “recordar” la propia experiencia es una invitación a saber valorar sabiamente los acontecimientos (Sirácida 7,16.28; 8,5.7; 9,12; 14,12; 18,25; 28,6.7; 31,13; 36,7; 41,3; ver Lam 1,7; 3,19). Ante los caminos desviados, los profetas invitan al pueblo a recordar el pasado (Is 44,21; Mí 6,5) o invitan al mismo Dios a recordarlo y actuar en consecuencia (Jer 14,21). Como

se ve, el término es fundamental tanto en textos legislativos, como proféticos, sapienciales y poéticos. Todo Israel está cruzado por la invitación a hacer memoria.

No es diferente el Nuevo Testamento: en los Evangelios se nos recuerda la memoria que se tendrá de la mujer que unge a Jesús para la sepultura (Mc 14,9), y -siempre en el contexto de la Última Cena- la eucaristía, en la tradición antioquena, es “en recuerdo mio” (Lc 22,19; 1 Cor 11,24.25). El kerygma que Pablo predica es “recordado” a sus destinatarios (1 Cor 15,1). Incluso la oración del pagano Cornelio es tenida como “memorial” ante Dios y es escuchada (Hch 10,4).

En la historia de la Iglesia, y de la liturgia, también la memoria es algo vital. Hacer memoria de la vida de los santos y santas es traerlos al presente para que señalen huella en el camino (son modelos de vida) y se propone hacer “teología de los santos”; hacer memoria de los pecados es traerlos al presente para que podamos expresar arrepentimiento y comprometernos “firmemente (a) no pecar más...”; hacer memoria de la fe es saberse miembros de un pueblo y su tradición, que es aquello que se “trae” desde el pasado hasta el presente, marcando huellas hacia el futuro; hacer memoria de la eucaristía es “proyectarnos” al momento sublime del amor extremo y la vida derramada en la mesa compartida de Jesús...

Se ha dicho con frecuencia que una característica importante de la tradición judeo-cristiana es el reconocimiento de la acción de Dios en la historia; nuestra fe es una fe histórica. La historia no es sólo exposición del pasado, sino también “maestra de vida” como afirmaban los clásicos latinos.

Esta introducción tiene una clara intención: formular una afirmación, y una pregunta.

Volver constantemente al pasado puede ser, sin dudas,

Adhiere a la conmemoración
del martirio de Mons. Angelelli
en su 30 aniversario.

**Colegio
Mater
Purísima**

La Ramada 3898, Córdoba.

Mons. Enrique Angelelli:
A 30 años de su martirio,
LIBRERÍA SAN PABLO
adhiere a su memoria
y homenajes.



27 de abril 290, X5000AEF CÓRDOBA
Tel. 0351-4213561 / 4263191 Fax. 0351-4233709
E.mail: spcordoba@san-pablo.com.ar

algo enfermante, puede impedir caminar; pero no tenerlo en cuenta puede ser más grave aun. Ya lo señalaban los obispos en Puebla: "Somos peregrinos, pero también testigos. Nuestra actitud es de reposo y alegría por lo que ya encontramos y de esperanza por lo que aún nos falta. Tampoco es cierto que todo el camino se hace al andar. El camino personal, en sus circunstancias concretas, sí, pero el ancho camino común del Pueblo de Dios ya está abierto y recorrido por Cristo y por los santos, especialmente los santos de nuestra América Latina: los que murieron, defendiendo la integridad de la fe y la libertad de la Iglesia, sirviendo a los pobres, a los indios, a los esclavos. También los que alcanzaron las más altas cumbres de la contemplación. Ellos caminan con nosotros. Nos ayudan con su intercesión" (DP 265). Los testigos de nuestra América Latina son huella del camino recorrido que se nos invita a recorrer; como la "memoria" de la Tradición, en la que Pablo se ve a sí mismo como un eslabón de una cadena, así una buena reflexión sobre la historia -y no se trata de "la" historia sino de "nuestra" historia- nos invita a mirar "nuestros" eslabones, nuestras huellas, nuestro camino... nuestro propio pozo. Las huellas de los testigos no son solamente "pasado" sino "hacer presente". Son un "paso de Dios", una huella que marca camino.

Los testigos del paso de Dios en la historia, no son solamente varones o mujeres "buenos", o "valientes", o "comprometidos en la lucha por la vida". Son eso, y mucho más: son una palabra de Dios a nuestro tiempo: "¡recuerda!"; una exigencia de Dios que marca nuestra vida, nuestros profetas, nuestra sabiduría y nuestra poesía, nuestra celebración y nuestra comunidad, como en los tiempos bíblicos.

Recordar a los mártires, no es "hacer historia" como para mantener vivo el enojo, o entrar en conflicto de ideologías; es saber escuchar una palabra que Dios pronuncia: "-¡recuerden!"

Precisamente por esto, "no recordar" es permanecer sordos a una palabra de Dios, ciegos a sus huellas. No recordar es nada menos que no saber qué camino debemos recorrer; es estar y vivir desorientados.

Quisiera poner un ejemplo presente: el 22 de diciembre de 1997 unos paramilitares asesinaron a mansalva a ancianos, mujeres (5 embarazadas) y niños en Acteal (Chiapas). Ciertamente era una acción en vistas a sembrar el temor, desplazamientos y "secar el río" de flujo y reflujo entre las comunidades indígenas y el ejército zapatista. En las misas que se celebran cada año conmemorando "la vergüenza", a los pies de la -ahora llamada- "Virgen de la masacre", miembros de la "comunidad de las abejas" irrumpen en la celebración con maderas simulando fusiles, y mujeres y niños "haciendo presente" el terrible momento. Es impactante verlos acostados al pie del altar "conmemorando" a los hermanos masacrados; hermanos que "ahora somos nosotros". Los indígenas no quieren olvidar, para que los hermanos, las hermanas, los niños y las "criaturas de vientre" no nacidas sigan vivas en la memoria: "Si en vida fuimos olvido, la muerte nos hizo

historia. (...) Somos esperanza y ejemplo: somos indígenas tzotziles.

"Nuestro tiempo fue de muerte para florecer la vida, la dignidad, la justicia, la paz y la memoria. Perecimos por la diversidad, por el reconocimiento de nuestros derechos como pueblos indígenas. Entregamos nuestras vidas para nacer un mundo mejor donde podamos no 'sobrevivir' sino vivir, un mundo que tenga cabida para todos.

"Somos esa gran parte de la patria ultrajada y negada que se resiste a morir, a pesar de la muerte misma, entre el olvido, la miseria, la represión y el exterminio. Nacimos el ayer de estas tierras y, hoy, ayudamos a nacer el mañana. En paz vivimos y luchamos, descansamos en paz, cumplimos". (Epitafio en Acteal, 1999, a los dos años de la matanza).

Pero si bien los indígenas saben que "la muerte (l)os hizo historia", el nuevo obispo, enviado por Roma en reemplazo de "Tatic" Samuel Ruiz, pidió en la celebración del 22 de diciembre de 2005 que esa sea "la última vez" que se haga esa "re-presentación" de la masacre. De ahora en adelante, en la celebración faltarán huellas.

Cuando Juan Pablo II visitó la Argentina, los obispos de las diócesis que iba a visitar, debían enviar con cierto tiempo de anticipación la homilía que pronunciarían (¿?). En la que había preparado el P. Obispo Hesayne incluía una expresa referencia al martirio de Enrique Angelelli, pero la homilía "volvió de Roma" sin ese párrafo. Finalmente Hesayne lo incorporó, pero ¿qué pasó que 'alguien' no quiso esa mención? ¿quién no quiso esa mención? ¿por qué no la quiso? Lamentablemente estas preguntas son puramente retóricas, porque las respuestas las sabemos, o las intuimos. Resulta muy grave que aunque la Biblia, la Tradición, la Liturgia y el Magisterio insistan en la memoria y el recuerdo, ciertos e importantes sectores eclesiósticos insistan en el olvido o en no-recordar. ¿Que hay que olvidar de Angelelli? O peor aún ¿Qué voz de Dios queremos silenciar evitando la memoria del "Pelado"?

Durante mucho tiempo el tema era tenido como un "caso cerrado": '-todos saben que Angelelli manejaba mal', afirmó el olvidable mons. Plaza, seguramente un experto volante. Nunca se pidió, ¡exigió!, una concienzuda investigación sobre el "supuesto accidente". Nunca se tuvo en cuenta todo lo que Angelelli ya venía señalando, y cómo venía anticipando el desenlace. Ni siquiera contó con apoyo "oficial" cuando en la siempre tristemente célebre Anillaco, en una revuelta con más de un apellido conocido, se lo insultó, prohibió celebrar las patronales, y agredió. Tuvo que intervenir el buen Papa Pablo VI para afirmar que la pastoral de Angelelli "es la pastoral del Concilio" (lo que implícitamente ayuda a comprender por qué fue abandonado por la Iglesia que "echaba sus cerrojos prudentes / negándose a la Muerte y la Resurrección" (Casaldáliga).

Pero creo entender entonces "el por qué". El testigo con su misma vida está denunciando nuestras incoheren-



cias, y reconocerlo como testigo sería auto-implicarnos, auto-acusarnos. Sería "hacer memoria" de nuestros silencios, nuestras complicidades, nuestras traiciones. Cuando las jerarquías callaban, el presidente de la Conferencia Episcopal, el prescindible Cardenal Primatesta decía que era "tiempo de callar" (citando el texto de Qohelet 3,7) sin que nos explicara por qué no era "tiempo de hablar", o por qué no se aplicó otro texto como 2 Timoteo 4,2: "Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina". Primatesta sabía que el genocida del IIIer Cuerpo del Ejército le había a Angelelli que "el que debe cuidarse es usted". Era tiempo de callar si se quería conservar poder, o las buenas relaciones con el gobierno, o si se quería conservar la vida (la cosa es "conservar"). Es la prudencia del "soldado que huye", para usar imágenes militares, y no recurrir al texto bíblico del Nuevo Testamento -que les resultará más extraño- del que huye cuando ve al lobo (Jn 10,12).

Señalo este último texto porque es precisamente el usado por "el Pelado" cuando le sugirieron irse por un tiempo.

Ahora, nos dicen los Medios de Comunicación, parece que la jerarquía eclesial cambiará de actitud: no sólo participará de los actos en "conmemoración" del mártir prohibido, sino que reconocerá su asesinato y -hasta- promoverá su canonización. Curioso. Claro que ya casi no hay obispos de aquella vieja Conferencia Episcopal, así que nadie puede decir que el "justo muerto condena a los impíos vivos, y la juventud pronto consumada, la larga ancianidad del inicuo. Ven la muerte del sabio, mas no comprenden los planes del Señor sobre él ni por qué le ha puesto en seguridad; lo ven y lo desprecian, pero el Señor se reirá de ellos" (Sab 4,16-18).

Sobre esto quisiera hacer una última reflexión: Para empezar, no entiendo bien qué significaría "cambio de actitud". Es decir, si se cambian las palabras, o se hacen gestos vacíos de contenido, no parece que el cambio sea de actitud. El Gobierno ha cambiado los gestos y las pal-

abras con respecto a los '90, pero los pobres son cada vez más, la desigualdad es cada vez mayor, y la injusticia sigue impune. ¿Ocurrirá lo mismo en el "Gobierno" eclesial? Que vayan muchos obispos a La Rioja, que hablen de "asesinato" e incluso que Angelelli sea "canonizado" no implica necesariamente un cambio de actitud. Sólo sería un cambio de formas. Cambio de actitud sería asumir el camino que Dios marcó en Angelelli, y renunciar a los caminos de cercanía con el poder, de eclesiologías pre-conciliares, y asumir un firme compromiso en la construcción del Reino. Sería "convertir la Iglesia al reino de Dios", como decía otro mártir latinoamericano (Ellacuría). Sería "recordar" y reconocer complicidades y silencios cuando era "tiempo de hablar", sería "hacer memoria". "Recordar" no es mirar una foto; recordar un mártir no es "hacerlo estampita". Son muy duras las palabras de Jesús en Mateo: «¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, porque edifican los sepulcros de los profetas y adornan los monumentos de los justos, y dicen: "Si nosotros hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros padres, no habríamos tenido parte con ellos en la sangre de los profetas!" Con lo cual atestiguan contra ustedes mismos que son hijos de los que mataron a los profetas. ¡Colmen también ustedes la medida de sus padres!» (Mt 23,29-32).

Reconocer a Angelelli como mártir, es "hacer memoria", es recordar que Dios habló aunque no se haya sabido escucharlo, es saber que había "un profeta en medio de nosotros" (Ez 2,5; 33,33). Y porque es "hacer memoria" es saber que hay que hacer camino al andar tras las huellas del testigo, es saber que Dios señaló un camino que no se ha caminado, y "recordando" podemos ponernos nuevamente en marcha. Ciertamente los tiempos son distintos, pero precisamente las huellas, la línea que va del ayer al hoy, nos traza un rumbo hacia el mañana. Pero es cuestión de mirar y escuchar a Dios que habla en sus testigos y no encandilarse con cantos de sirenas.

Eduardo de la Serna
Quilmes